(JUAN MANUEL QUERO , 05/04/2012) Jesús crucificado pronunció siete palabras que compendian el mensaje de la cruz. En estas palabras vemos el sufrimiento y el gozo de aquél que entregaba su vida por cada uno de nosotros.

Ya estaba vaticinado por el profeta que Jesús sufriría muchísimo, como si hubiese sido un cordero llevado al matadero. Ni siquiera llegó a quejarse, por su dolor físico, mientras que nosotros no paramos de quejarnos por cualquier eventualidad. Tan solo pronunció unas palabras que nos pueden recordar la alta fiebre que estaba soportando. Estas, se clasifican frecuentemente como «la quinta palabra», que pronunció en la cruz, y que fue dicha no para mostrar su dolor, sino para que se cumpliese La Escritura: *Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre*
(Salmos 69:21).

Cuando Jesús pronuncia su primera palabra, la Escritura nos presenta un cuadro en el que Está entre malhechores. Además, la cruz era el suplicio más ignominioso que existía entre los romanos. En ella morían asesinos, ladrones, traidores, y los que cometían sedición. Pilato interrogaba a Jesús para encontrar el motivo por el que le iba a crucificar. No sabía qué poner en la tablilla de condena que se colocaba encima de la cruz, y lo único que pudo colocar fue: «JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS». Y así lo crucificaba como a un sedicioso. Aunque Jesús sabía, que lo que se exhibía en esa tablilla, era el pecado de todos nosotros, y aun así él consentía y moría por nosotros.

Tan fuerte fue la carga que sufrió en esos momentos, que en un instante se sintió como separado de su Padre. Y esa carga era el producto de nuestra culpa.

Lo que quizás nadie piense es en el gozo que él pudo sentir en la cruz. No obstante, también vemos el gozo de realizar algo, que era necesario hacer para que el hombre tuviese oportunidad de vencer la infranqueable barrera del pecado, la muerte. El gozo de la cruz nos hace más que vencedores como dice la Biblia: *Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por aquel que nos amó* (Romanos 8:37).

Jesús pudo ver antes de morir, al primero que manifestaba los efectos de su sacrificio. Era el arrepentimiento de un ladrón que se puso en sus manos, experimentando su salvación.

Pudo ver en el corazón de su madre, María ese amor que sentía por él, al igual que pudo verlo en el del apóstol Juan, *su discípulo amado*. Aún en la cruz, no los dejaría solos, su amor estaría en ellos para que mutuamente se cuidaran.

Posiblemente desde el monte en el que Jesús estaba, podría divisarse el Templo judío. Un lugar en estado ruinoso, por lo que habían hecho de él. Pero a partir de su muerte, Jesús no habitaría entre paredes de ladrillos, o de piedra, sino en el corazón de las personas. Por esto podemos notar el gozo del Señor en la consumación de este hecho (Juan 19:30). Pudo gozarse a pesar de su sufrimiento, porque ahora, en el vilo de la muerte, hizo posible lo que no hubiese ocurrido, si Él no se hubiese entregado por nosotros, y constató con otra palabra que resonó en el Calvario: «perdónalos».

Actualmente, y a pesar de lo que sea nuestra propia y personal experiencia podemos experimentar el único perdón que nos hará iniciar una nueva vida, la mejor. La cruz, representa sufrimiento, pero allí está escondido el secreto del gozo que hoy puede seguir transformando nuestras vidas.

Autor: Juan Manuel Quero

© 2012. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD

{loadposition quero}